



COLECCIÓN MOMENTOS

*La luz
siempre regresa*

Enrique Dimas

CULTURA *Tam*



La luz siempre regresa

Enrique Dimas



La luz siempre regresa
© Enrique Dimas
Primera edición 2019

ISBN en trámite

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Lic. Sandra Luz García Guajardo
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

A mi familia, que son mi sol.

Lluvia sobre asfalto

Por allá viene una turba frenética, ansiosa por ponerse
[a cubierto,
con los rostros empapados y la ropa pegada al cuerpo.
La sorpresa que golpea casi sin avisar,
desciende sin paracaídas ni frenos,
viene silbando de gozo al combate con una superficie
tan irregular como las sonrisas de los niños en las calles.
Con una bolsa en una mano y un celular en la otra;
con la dignidad a rastras y resignación como fachada,
van y vienen, se esconden y gritan.

Río y luego callo;
lluvia sobre asfalto es la combinación de una tarde de jueves,
día de uniformes blancos y grises y azules;
de coches que empapan al cruzar la calle.

Comienzo a oscilar entre el cariño y el desprecio,
en singulares o plurales, que parecen acumularse
al compás de las gotas que chocan en la ventana
de este camión de pasajeros serios;
chocan y se quedan un segundo quejándose,
y luego comienzan a descender abrazadas al cristal;
y en su carrera son todavía alcanzadas

por compañeras con la misma suerte.
Entonces termina por ser un canal que
se desliza con gracia por la ventana,
mientras mis ojos y tal vez mis dedos las acompañan.
Bajo cada techo se agazapan cabezas
y pies que miran con esperanza e incredulidad.
El agua no escampa, arrecia furiosa,
echando en cara la indiferencia
que se pasea por esta cuna de lobos.
Cada gota es una bofetada,
amonestación de un ser tan divino como él mismo,
o tan mortal como la felicidad ahogada
en los charcos de la ciudad,
que una vez fueron baches,
y a su vez fueron asfalto sobre el cual pasaron
millones de vehículos fieles a la destrucción del planeta;
y es también la venganza anticipada de un ser del futuro.

Lluvia sobre lágrimas de dolor por los parientes fallecidos,
por esta saturación de ruegos
encerrados en habitaciones oscuras.
Bajo los techos continúan las miradas,
mientras los pensamientos viajan hasta
una azotea donde la ropa se moja libremente,
atada a un alambre que sufre fatiga.
Plantas se sacuden con gozo,

y las plantas saltan en intento de eludir el roce del agua.
Sobre el suelo corre sin descanso esta incertidumbre,
igual que la angustia se esconde en las ropas
de la señora que mira a un lado y otro de la calle,
mientras los camiones pasan y ella
intenta —inútilmente— cubrirse con su bolso.

En otro lugar alguien espera sentado en el suelo,
identificando en el caudal la soledad de su alma;
esta falta de sentido, la incapacidad
de comprender al que no es igual;
lo categórico del desprecio hacia quien busca otro tesoro.

Un par de ojos obligan a un cuerpo entero a viajar de pie,
porque al lado del asiento disponible un brazo lleva
[un tatuaje.

Ciudad de restos y de rastros.

Lluvia sobre pieles.

Por allá viene una multitud trotando en sincronía,
y por acá todos dicen «nada es como antes»;
y nadie comprende que ni la lluvia
ni el asfalto saben de reproches ni desprecios.

Gotas se cruzan con gritos en el
aeropuerto público que es la calle más transitada;
piernas se mueven con desesperación,
apenas queda un rincón seco,

oculto de las miradas.

Agua sobre historia,
vidas escondidas en pieles de muchos colores;
todos corren para treparse al único transporte disponible;
y esa anciana no puede más, pero avanza,
y un poco más, y no piensa que la lluvia
no tiene edad pero tampoco es cruel.

Pareciera que amaina esta desdicha,
que se compadece ante tantos
dedos cruzados pidiendo deseos.

Después de la tormenta viene el recuento de los
[minutos perdidos.

Lluvia moja la alfombra del tiempo,
corren todos, corre nadie,
y el cielo es una tómbola
con rayos y caramelos de regalo.
Fuegos naturales, y el asfalto no tiene padres,
el río no rinde cuentas aunque el mar lo pida.
Allá vienen rogando misericordia, pero no la conocen,
creen que la piedad es un paraguas mágico,
que las heridas del alma se cosen con hilo negro.
Viento sobre risa;
el niño busca a su padre,

el padre piensa en su vecina,
y la lluvia no paga renta;
clavos sobre madera,
y ¿por quién has muerto tú?,
una vuelta a la derecha, y a media cuadra lo verás:
roedores trepados en anuncios espectaculares;
sonrisas valen su falsedad en oro,
guárdame esta prisa y luego paso por ella.

Esta batalla nadie la gana,
en esta ciudad que todo ignora
y cobija el dolor por lotes,
camina siete metros y se echa atrás,
olvida pronto —ya lo han dicho—,
y las gotas no tienen memoria:
se aferran al cristal y después celebran su caída,
como niños que no saben lo que ha de venir;
«cordero que quitas el pecado del mundo»;
llora sobre el manto, y pensemos en lo que no somos,
porque hoy es el día del fuego
y salimos a montar caballos de madera,
y le prendimos una medalla a quien más miente.

Lluvia sobre asfalto, y ni ella escucha ni él siente,
por allá vienen todos, buscando protección
y seguridad para llenar sus vidas rotas.

Espiral

No voy a sonreír y formar universos,
si apenas me alcanza para convencer
al del espejo de que estoy listo para salir,
mientras la cama me mira con recelo,
augurando desdicha en el caminar.

Y hoy mientras comía en la calle más pisoteada
de la ciudad, una pareja pasó a mi lado,
ella se quejaba de hambre profunda,
y vertía en cara de él un ácido reclamo por no alimentarla;
mas yo pensando en por qué no pedí más comida,
en si ya será la hora de ir a buscar una respuesta,
o si debiera esperar a que la luz del sol
dé quince o cincuenta vueltas más.

Cuando dejé de buscar la salida encontré una solución,
regalo de consuelo por el abandono de mi cordura,
pensé que todo tiende al infinito,
y el mar es una lágrima,
pero al mirar en el pozo vi una explicación profunda,
mas la urgencia por cruzar la calle
—por la línea amarilla— siempre fue mayor.

Entre una espada y un fusil se encontró mi cabeza,
no hubo dardos de tiempo que no se clavaran
en el pecho descubierto de aquel que
en una tarde estival pensó si los feligreses
tienen permiso para tocar la campana;
pero entrar a la iglesia a preguntar nunca fue buena idea,
y al fin de cuentas:

¿a quién le ha de importar si otro tiene un crédito que
[no usa?

Poesía bajo candados a base de lágrimas.

Lo que me da tranquilidad es/fue/será,
lo que me da miedo es mirar al fondo
de la explicación y encontrar sueños
que tiré por la ventana cuando ni siquiera tuve casa;
hoy no diremos más de lo que se derramó
como río al tocar la puerta —acaso fuera un timbre—,
y entonces pensamos cuál será la mejor manera
de llenar estas hojas casi blancas
plantadas contra un carbón milenario en lucha por
[la libertad;
¿a cuántos años se fue la ilusión?

Hay una batalla y la desconozco,
debiera ser o debiera no decir,
mas no hallamos el candado de cajón de poesía,
lloramos lágrimas de alcohol y fuimos felices,
héroes lanzados en lucha a muerte con el suelo,
y el ganador levantó su mano manchada del color
de la sangre derramada por los inocentes en la ciudad.
Hay dos seres en mi cabeza que debaten mi destino,
y todo se reduce a morir o mirar;
descubro la primera versión y todo funciona,
corro a gritarlo, como alguna vez una ramera;
pero no somos osos polares yendo al norte ni al mar;
hoy no sé ni sabemos cuál nombre llevará aquel verso
dibujado en el rincón de mi intranquilidad,
y todo es una paradoja escondida en el fondo,
mirando a la superficie donde los sueños juegan a
[saltar la cuerda de la vida.

Antes de partir

Sentado en la parte trasera de un
vehículo cuyo conductor desconozco,
atisbo este rayo de gruesas gotas;
tengo certeza de que todo acabará un poco más adelante,
y no me queda más que contar nostalgias,
asistir al encuentro con un final más sorprendente que fatal.
Pero antes de que la luz del sol se agote,
deslizo uno o dos pensamientos
montados en buenos vientos,
volarán hasta las nubes para mirar el mundo
que estoy por abandonar.
Se escapan con sutileza,
como antes de partir caminé por aquellas
sendas que todavía se vislumbran desde aquí;
cinco y hasta seis veces reí con ganas,
sin pensar en lo que habría de suceder.
Antes de partir perdí el rumbo tantas veces,
hundido en un rostro que hacía latir
mi corazón al ritmo de sus parpadeos.
El conductor, sentado al frente,
también ignora mi viaje sin retorno;
ignora que antes de partir tuve un nombre,

estreché manos y di consejos;
recibí ofensas muchas,
pero las guardé y me construí un palacio;
soñé con las cosas que jamás lograría alcanzar,
y esperé muchas noches por palabras
que jamás se dijeron ni se dirán.
Desde el cielo contemplarán esta ciudad
y esas personas encerradas en burbujas de olvido,
pero que antes de partir dijeron ser los más allegados
[y fieles;
en las buenas y en las malas,
en la oscuridad y en... ¡todo se esfuma!;
parto sin freno a un lugar habitado antes de existir,
cuando materia informe trotaba el universo;
se dirá que antes de todo fui alguien,
que hice algo y mi partida deja un vacío
que se llenará con siete y hasta ocho segundos de silencio.
Este par de bestias con largas crines me arrastran
[al precipicio,
recordarán que antes de marchar me vieron cruzar
[los patios,
jugar en lodo, entrar a escondidas por la noche,
y gritar por todas las calles;
no todo fue gris ni de otro color,
en mí estuvo la vida guiñando los ojos
y haciendo muecas las mañanas de domingo.

Y me arrastran y los apuro en su carrera.
A lo lejos se alza el sol sobre una montaña
donde corrí sin parar buscando flores
y piedras y mi pasión por la libertad;
la libertad me vio antes de marchar
y me dio las llaves de un armario
donde aguardan los secretos de mi juventud,
con un espejo donde se leen las palabras
ocultadas por el miedo y la pereza en partes iguales.
Pero todo avanza sin descanso,
y aunque el final esté dictado, incólume,
sabrán que fui, soy y seré destellos
de gotas compitiendo con rayos
por caer encima de este sendero rumbo al destierro,
por el cual una vez vine desde lejos
buscando un sueño y dos delirios;
y antes de partir abro esta mano de donde brotan
nueve o hasta diez letras que se dispersan por el suelo,
como semillas que serán árboles,
bajo los cuales descansaré mirando
este carruaje que se aleja de la ciudad.

Mapa

Voy perdiendo los últimos
rasgos de lo que fui alguna vez,
los bordes desgastados manifiestan
el largo camino transitado en aventura.
En algún sitio quedan olvidadas
las historias de pasos trémulos,
de victorias y derrotas, de llantos
y noches al calor de hogueras.

Al asomarme a los espejos
que la lluvia instala en el suelo,
descubro mi rostro falto de sonrisas,
y me adivino las ausencias
acumuladas en mi espalda y en la mirada,
ausencias con nombres y lugares escritos en algún rincón.

Voy perdiendo los rasgos de lo que fui alguna vez,
me visto de nuevos días,
me hundo en calles que jamás conocí,
y apunto cada trazo de camino en viejos trozos de papel;
nunca se sabe, y hay veces que es necesario volver.

Renacer

Soy apenas un trozo de polvo,
mancha fallecida al caer la tarde,
busco la comprensión de cosas ocultas,
la atención de los reflectores y las nubes.
Volveré a la tierra donde logré escapar un día,
aunque mis manos estarán vacías;
los recuerdos se perderán,
viaje sin retorno a los infinitos
laberintos del olvido.
Soy una polvareda esparcida tras
estampida de locos buscando paz,
minutos de espera que jamás vuelven,
palabra atada a un sentimiento a punto de explotar;
soy un fragmento del insomnio,
polvo cubre los muebles abandonados tras la muerte.
Apenas un fragmento de nada,
carne y anhelos perdidos,
luché por comprender los latidos en
cuerpo de lodo y cenizas.
Soy apenas un suspiro de polvo,
mancha renacida al amanecer.

Aves cautivas

Vivir parece ya un montón de islas
extrañas que no saben cómo comunicarse;
el cielo se va quedando sin estrellas,
desierto como esta calle en domingo de invierno.
Han quedado olvidados los días antes del desorden,
nos va cubriendo un viento recio de soledad
que entra hasta los huesos y
rompe los cristales de la buena voluntad.
Se apagan las risas en el interior del deseo,
murmullo expresado en códigos desconocidos.
Va siendo ya como ola que rompe
contra la última ciudad de pie,
voraz inunda las casas refugio de los hallados
bajo la luz de la coincidencia.
Los montes no tienen ya la paciencia que fundó al mundo,
y los gatos no se detienen a mirar desde las azoteas.
Se han roto lazos plantados por cazadores fugitivos;
Existir va siendo ya una campanada que no sabe convocar.

Primer acto

He descubierto que voy retrocediendo
en una escala que todavía no se descubre,
intento expresarme con lenguajes
que no alcanzan a ser salvavidas en altamar;
he venido intentando los últimos años
de mi vanidad dibujar un círculo con trozos
de carbón ardiendo fuera de mí;
mas no quedan escondites para la
desesperanza que persigue hojas
en las altas horas de la deshonra.
He caído en cuenta de que las ilusiones
son espejos de medio cuerpo en mitad del desierto,
y solamente reflejan la arena cuando
ha de entrar en los ojos;
mientras el mundo ha llegado al
punto álgido de la traición,
y el camino restante es cuesta abajo;
al fin del día hay un abismo con
el suelo regado de banderas.
He dicho que voy recorriendo las miradas
cruzadas en las madrugadas

de alguna estación que no es esta,
donde se mezclan los sollozos y las prisas,
y son despertadas por un altavoz
gritando un nombre que no
me pertenece y jamás lo hizo,
un nombre como aquellos olvidados
en la maleta de mi infancia.
He pensado cada día si fuera el primero,
y me envuelvo en las sábanas que debí
robar en mitad de un viaje;
pero cada día es el último y lo anoto
en lugar donde jamás volveré a pisar;
voy aprendiendo que la esperanza
es un asunto misterioso,
tiene alas y renace del vacío,
desafiando al viento y sus presagios sempiternos.
He ido renaciendo en cada abandono
para lograr ser un desconocido,
busco en el fondo de mi cordura
y encuentro mis manos manchadas
con cientos de días malgastados;
no volveré a beber el fuego sin consultar el reloj,
pues las velas intentan ser eternas
mientras se contemplan deshaciéndose;
he dejado abiertas las puertas de ciertos sitios,

sólo por la malicia escucharlas azotar,
y he derramado mi voz y mis letras,
sabiendo que su traición vendrá
más nunca que tarde.

Descenso

Al asomarme a las horas muertas que yacen
tendidas en el piso de mi esperanza,
soy un libro leyendo desde el final,
muriendo al principio para terminar por ser nada;
en medio de la penumbra instalada
en esta habitación de años sin rumbo,
distingo sombras como vestidos de otras épocas,
como palabras salidas de una boca que se ha cansado ya,
boca cicatriz y herida en el mismo baile.
Las ilusiones se han empeñado en abandonarme,
cada vez con mayor premura y las mismas excusas,
mientras me asomo a la ventana de un recuerdo
destilado en noches de altos secretos,
y mis labios pierden la batalla contra la gravedad,
llevando consigo el camino de mis ojos.

Era un mes como este pero no lo sabía,
guardaba en cada una de sus letras mis esfuerzos
por disipar la niebla acumulada tras el verano;
era un mes como este y encontré las alas
que me hicieron saber que volar era posible,
mientras me arrastraba entre las rocas;

peldaños de escalera cuyo extremo jamás divisé,
cuyos días fueron ladrillos acumulándose entre su vida
y los vestigios de lo que fui.

Pero no aprendí a contar los pasos necesarios
para subir las montañas donde quise ahogar los gritos,
y fue la ausencia el último suspiro antes que el sol,
cálido e impasible, huyera para siempre a sus lares de luz;
vertí la última gota de sangre en un porvenir que

[supe deshecho,

y calmé la ansiedad con palabras en voz baja;
no aprendí a distinguir las hojas víctimas del otoño,
pero me vi desprendido de las ramas
llevado por el viento hasta la muerte,
mientras las nubes contaban sueños a deshora.

Bestias de altas horas

I

Sucesión tradicional se desliza
por la sombra de extravíos de la multitud;
dedo indica silencio mientras se encienden
pequeñas luces en valle de sombras ausentes.

II

Al abrigo de ausencias bautizadas
con palabras de despedida,
derramo las últimas gotas que me atan,
cadenas forjadas en vidas y encierros,
pedazos de muerte nos dejan
un sutil sabor a juventud y sol;
cadenas se extienden desde el amanecer
hasta el canto de las sirenas bajo un cielo
con estrellas que sufren el frío bajo las pieles.

III

Por testigos me amparan las sombras de ironías
contenidas en libros de antiguas hojas,
vuelven nuevas las heridas y asoman en
los huecos que el olvido se empeña en abrazar.

IV

Lluvia de escombros en el tejado,
acreedores tocando a la puerta,
silencio asoma por la ventana,
conteniendo la respiración hasta despertar de la pesadilla;
y sin embargo, la realidad se viste de más crueles galas.

V

La noche esconde llantos y prisas,
conspira para traer los invitados no gratos,
recuerdos de horas interminables, días sin respuesta.
Noche que trastoca el orden establecido,
rebelde agente encubierto, crudo delator de los secretos.

VI

Calle donde se cruzan los destinos,
marcada con nombres y números que nada
saben de las veces que han sido guía,
nada de cuántos han preguntado por ellas,
con la ansiedad a cuestras,
la duda entre los ojos dilatados.

VII

Copas que cumplen su cometido,
cerrando tratos y abriendo rutas;
copas donde cae la luz de la luna
mientras pequeñas bestias saltan en
acecho de la paz y la cordura;
copas y bestias que amenazan con romper
las lentas respiraciones de aves sin alas ni sueños.

Declaración del perdedor

Recorro el camino soñado por mis falanges,
escarnio trazado antes de venir al mundo;
hago explotar la vida y la razón para gritar que existo,
lleno de rocas los pozos cavados cuando la guerra,
cuando los dolores en el rincón familiar,
cuando la desesperanza y el olvido.

Rasga la luz ojos de cabras camino al monte,
entre citas sin acudir, memorias que acechan;
agujas en pajares de objetos anclados a una época,
al futuro y al pasado en tiempo acomplejado.

Voces se alzan sin alcanzar a comprenderse,
ojos ciegos por avaricia,
pasos llevan a un sitio equivocado;
arden los campos como heridas abiertas;
perseguimos instrucciones no recibidas,
guiados por un instinto hacia la destrucción
de un espejo que no existe.

Hundo en el infinito la mirada,
batalla perdida que merece ser realizada,
redención de los que han nacido siendo cenizas,
sombras dibujadas con sangre de lealtad.

Al margen

Hay un hilo amenazando a cada momento con romperse,
frágil lazo intenta en vano mantener un orden decadente.

Hoy sé, y tal vez desde mucho antes,
lo absurdo de caminar entre la multitud,
respirando la indiferencia,
con el anhelo de que un estruendo sacuda las vidas;
acaso con el oculto deseo de romper los vínculos y
[marchar a la deriva.

Nada que decir al final, sin notas de reclamo,
esta existencia sin sentido se encamina al mar de aguas
[profundas,
donde cada uno ha descendido por distinto sendero.

Aceptar lo inútil de las horas mirando al cielo,
esperar que el viento traiga las nuevas de gozo,
ave que ha olvidado el vuelo.

Un borde donde ya no alcanzan a unirse los dedos ni
[las miradas,
hojas secas crujen bajo el peso del abandono,
de largas ausencias presagiando la muerte.

Hay un hilo atado a distintos corazones que ya no
[saben latir,
que van existiendo tristes al margen de la esperanza.

Itinerario

No ves esa mano mover las ramas con delicadeza,
la calma de quien no se ata a citas con la muerte ni
[con la vida;

pasan a tu lado los pájaros que cantan
en los parques y las avenidas,
revolotean ante tus nublados ojos,
ajenos a toda interna agonía.

Vas dejando atrás las calles conocidas,
lugares cuyos recuerdos llevas en algún rincón;
las mismas aves miran desde lo alto
la línea que los pasos trazan,
y escuchan los rumores que de a poco forjan tu olvido.
No alcanzas ya a entender el agobio de los que viven

[a oscuras,
descubres que sólo debes avanzar hacia cierto punto,
abandonar en cualquier basurero remordimientos y penas,
hasta que las ataduras cedan en su afán;
dibujas tus sueños en el cielo estrellado,
coloreas el futuro mientras las aves cantan a tus espaldas,
y en su angélico lenguaje te animan a continuar tu camino.

Ventana hacia adentro

Hay una batalla que pierdo todos los días;
no sé contra quién lucho y aun así mi derrota es evidente.
Sangro en la oscuridad y escucho caer
los restos de mi cuerpo maltrecho,
heridas que no terminan de doler,
pero me acercan cada vez más al sepulcro.
Será que el tiempo estalla en dentelladas sin tregua;
será el olvido que sutilmente me va cubriendo,
hambrienta sombra sobre el vasto campo.
Será tal vez la nostalgia que susurra a escondidas,
dispara trozos de angustia y dudas.
Caigo cada noche sin saber si veré la luz otra vez;
duermo a sabiendas que cada momento crece
[el desconsuelo,
y exprime las esperanzas escondidas en mis ojos.
Pero hay una batalla que pierdo todos los días;
no sé contra quién lucho,
y miro el espejo en busca de respuestas,
ventana hacia el alma temerosa.

La última noche

Se desprenden rumores del viento y ruidos de oscuridad,
profunda lejanía se lamenta,
herida por el insomnio y la devoción.
Viene ya la última noche,
la puerta que se abre para no volver más,
es la vida un caminar a tientas y murmurando
las palabras grabadas desde mucho antes.
El vasto espacio se hunde entre
los dedos y la calma de la compañía,
entre la certeza y el mapa sin norte,
en las huellas palpables y la lluvia criminal
que se marcha con el botín máspreciado.
Sube desde la espera el fino hilo de los secretos,
se esparce a voces en el pueblo lo que todos disimulan.
Por encima de la quietud que otorgan
los conciertos de grillos bohemios,
se alza la imagen cuyo nombre no se olvida,
se aferra con fiereza a las yemas
del que traza en el papel partes de sí;
habitaciones quedan vacías,
y nuevamente el silencio baila su victoria,
luchando en momentos con el viento

y los ruidos desprendidos de animales
y nocturnos seres que huyen de sus peores versiones;
a través de este cristal se observa descender
la temperatura o subir la nostalgia,
mientras cada vez más la tinta
se esparce en su imperio siberiano.
La sombra de la puerta que ha quedado abierta,
apenas dando oportunidad para mirar al interior,
aunque la ausencia es residente del corazón,
lugar donde ha de reposar hasta
la eternidad que el olvido, como cartero fiel,
lleva un día en su maleta,
y toca a otra puerta que aguarda cerrada,
mientras en el suelo deja un sobre
cuyas letras ya no logran comprenderse.
El destino, en afán de probar su valor,
se ciñe por la mañana y sale al ruedo
que son las calles y veredas,
en busca de aquellos que han de errar
los sueños tejidos en la soledad de la noche,
cuyos restos serán ruidos de ambigüedad,
y más allá se oirá el correr del agua sin consuelo.
Mas no alcanza el cielo a albergar estrellas y promesas,
y la luna tiene ya dueños en exceso,
lamenta su honra pisoteada.

Palabras se introducen suavemente
en cuartos oscuros, en espera de próximo huésped,
vecino del tiempo y el crepitar del fuego.
Se rompe el lazo sujetador de los extremos,
hilo que cae al suelo mientras todos
se escandalizan y hacen hervir el mar de las angustias.
El viento cierra las puertas en silencio,
se abren las bocas y las manos,
el todo supera a las partes,
coraza que deja ver las grietas.
Imagen se eleva sobre los montes y los recuerdos,
rompe los pilares del destierro,
quebranta los yugos y se entra
por la calle más amplia del pueblo,
agitando los colores y las fechas;
se asoma en los horizontes donde bajo
otro sol todo fue uno mismo,
llega hasta la vacía habitación,
y abriendo la puerta, llena el aire su esencia,
trayendo tras de sí los rumores y ruidos de adversidad.

Postales sin fecha

Cómo quisiera escribir el cansancio,
hasta la gota que colma el vaso,
la que deja completamente vacío;
soy un intento apenas de victorias desconocidas,
en pos de lo cual muero a cada momento
y me voy cubriendo de arena,
quedando más y más atrás,
hasta que un día ni siquiera los restos puedan encontrarse.
Habrá entonces otro que llevará en su pecho
inscrito el nombre que poseo,
dirá que soy este, y tal vez lo sea,
aunque las opciones se multiplican en todas las direcciones;
trozos de cristal atraviesan el tiempo y espacio,
si se unieran, verían romperse el cielo
envuelto en música y lluvia sin tregua;
pasado y futuro reclaman sus fugitivos,
mientras arde la ciudad donde se libraron mil batallas,
donde la paz fue siempre una ilusión lejana,
y la verdad fue un mendigo a orillas de las sucias calles,
la gota rompe el espejo al chocar con su sombra.

Sombras y crímenes

Ha llegado hasta el fin del mundo la noticia,
estalla el murmullo por las calles y esquinas;
alzan todos las manos en busca de la razón,
ciegos no saben dónde perdieron la batalla y la dignidad.
Redil traspasado en horas de ausencia,
agua descende por el canal de la indiferencia,
aves beben y vuelan sin razón hasta las nubes,
con la suave consigna de guiar hasta la meta.
Abismo ahoga al mirarlo, desvanece la tranquilidad,
y va rompiendo poco a poco las cuerdas que atan a puerto.
Remotos los lugares y duro el camino,
mientras sombras de crímenes atroces aparecen una vez más,
y murmuran en calles y avenidas,
llaman con insistencia mientras asoman al vacío del alma,
puerta cerrada tras largas noches en vela;
agua se abre paso entre las rocas,
descendiendo triunfante hasta el reposo añorado,
aves que alzan el vuelo, libres de sombras y de crímenes.

Moneda en el aire

Hay una moneda girando en el aire remotos días,
sosteniendo en su giro al mundo en vilo,
al destino de miles de palabras.
Bajo esta moneda espada de insistencia,
transcurren las horas manchadas
de alegría y tristeza,
minutos con expresiones de asombro,
los que corren para alcanzar el último viaje.
Ojos se fingen ciegos procurando adivinar el resultado,
mientras se añade una vuelta y otra,
oscilando entre el bien y el mal,
ovejas incapaces de evitar el filo en la garganta.
Moneda de valor indecible,
que nos mueve a espera,
a las ideas de redención,
a saltar invocando los últimos recursos;
aleación binaria que ignoramos;
vamos con prisa buscando lugares seguros,
las palabras adecuadas,
giro tras giro,
día y noche danzan al ritmo de almas paralizadas.

Hay una batalla suspendida en círculos de metal,
rayos apuntan desde Olimpo vacío de dioses,
olas se estrellan en barcos temerosos.

Moneda arco cruzado sin alzar la voz ni la mirada,
contemplando espejos que no predicen la desgracia;
dos lados intermitentes donde intento malamente
perpetuar deseos soplados ante velas,
pasos marcan las direcciones dictadas.

Tiempo lanza explosivos en el último tramo,
contando momentos en giros regresivos,
día y noche luchando sobre temor de almas

[en movimiento.

Se arrastra con prisa el instante que
ha de dictar sentencia sin admitir apelaciones;
bajo un cielo de respiración contenida,
siente desfallecer mientras se consumen segundos,
viendo cómo el sol moneda llega hasta el punto

[más alto,

contempla soberbio el campo bajo su dominio,
sonríe apenas con disimulo, y lentamente,
sin dejar todavía de girar,
comienza a descender rasgando el aire de la melancolía.

Elegía

Piedras rompen el cristal guardián del tiempo encantado,
ánfora de infancia grabada en días y años de
[vivos colores;
mezcla infinita donde caben risas
y esperanzas elevadas al cielo cual cometas
ondeando tardes inmóviles en la memoria.
Pero muerte asoma en rayos de sol,
cruza las rendijas mientras camina la vida
con el alma a tientas,
y el rumor trae noticias de agobio,
nombres borrados de archivos histriónicos;
llantos comienzan a herir el aire,
clamando ya lo que el temor insinuaba.
Trozos del recuerdo caen al suelo,
la calle que es mi calle deja de oír
los pasos lentos viajeros del mediodía;
asomando con disimulo en busca
de la vida que se esfuma,
sólo tristes sombras por la noche deambulan.
¿Cuántas infancias quedan heridas tras el deceso?

Alta figura y claros ojos contemplados con frecuencia,
¿quién no acudió de prisa para comprar el bienestar,
para saciar la necesidad que apremiaba?
En esta caja custodiada por el tiempo
figura su imagen de vivo,
y pierde acaso el brillo tras la muerte invasora,
ladran perros asustados porque ante su furia
escapa el mortal ladrón y nadie acude a salvar.
Veloces noticias rodean al mundo,
ejército de dudas y dolores,
incredulidad amenaza con estallar,
entre la bruma asaltan preguntas:
¿cómo entender que al cruzar la calle, don Alfredo
[ya no estará?
¿A quién contarle las veces que gastamos con él nuestro
[infantil oro?
¿En cuáles fiestas recordaré sus charlas y bromas?
¿Cómo preguntarle dónde quedan nuestras sonrisas
[reflejadas en sus ojos?
Abruma esta incertidumbre,
desdicha se extiende hasta lo absurdo;
perdóneme, don Alfredo, si alguna vez robé sus dulces
[con sigilo,
si mis pasos en la madrugada perturbaron su
[descanso merecido;
y entre los ecos que rodean al mundo,

intento comprender a dónde se esconden los que mueren,
si han de volver para zanjar cuentas
o quedan atrapados en el vacío;
pero nada escapa, y las cifras aumentan
lo mismo que las camas vacías,
lo mismo que las velas apagadas;
la muerte es un cartero sin tocar a la puerta,
peste caprichosa que besa a cualquier hora.
Perdónenme todos los caídos en desolación,
por los llantos que me guardo,
por las fechas que se van sin memorias ni visitas,
¿bajo cuál llave se encierra al desamparo?
Nos ronda una negra bestia que rehusamos afrontar,
anclados los ojos en el camino por delante,
plegarias se cruzan con alivios disimulados
por los errados golpes de la muerte,
mas vuelve sobre el alba feroz asedio.
El tiempo es lobo asesino de rebaños
donde mi pasado aguarda,
poco ya el recuerdo,
poca la vida mientras se filtra el agua,
y frente al espejo dudo de mi rostro,
de mi carne que cambia de color,
se tensa y se afloja en el terror de la lejanía;
la muerte es sombra y me cubre con mantos borrosos,
y cada vez menos me conozco,

y ya no está don Alfredo para recordar mi nombre,
ya no el saludo del interior de su tienda;
cada vez más las tumbas en el suelo,
cada vez más los trozos de vida rota,
mientras vamos recorriendo el polvo del camino,
despidiéndome de todo lo que fui.

Alto y claro

Mi nombre no quedará grabado en
las excelsas páginas de la historia;
hay un pasillo que no cruzaré,
tierra donde no alcanzaré a mirar.
Más allá del espejo nombrado de mil maneras
—vanidad de artista, lluvia de sal—,
se halla la gloria de batallas internas,
con la voluntad al nivel de humildad,
la confianza vertida en veloces años de luz.
Campos se llenan de verde hierba,
florecen semillas regadas en días sin sol,
con los bolsillos rotos de esperanza.
Mis letras no sonarán en reuniones de altas cumbres,
ni las recordarán los niños en los cálidos patios
mientras corren tejiendo sonrisas;
no se lanzarán flores ni versos al caminar por la calle,
pasos en silencio no perturban la madrugada;
la gloria no es nuestra y no la queremos.
Vuelo alzado sobre el cielo y las montañas;
viento borra restos de martirios,
voz de profeta clamando el desierto.

Cuenta regresiva

Esta calle no tiene esquinas,
nadie dijo que el olvido era un animal herido,
un estanque con el agua agitada;
esta calle tiene farolas apagadas,
una cascada de gatos asustados;
nadie contempló el sol caído en la tristeza,
el amor es siempre una cuenta regresiva
asomando desde ventana antigua;
esta calle ha borrado los números y nombres,
la tormenta se avecina desde el interior,
desaloja las ruinas y los escombros,
las aves danzan sobre copas de los árboles,
dimensión donde las miradas se cruzan sin conocerse;
el olvido es una llave que cierra los candados,
es la orilla de la infancia donde
los habitantes sangran las rodillas;
manos alzadas en señal de protesta;
esta casa no tiene fotografías oxidadas,
y el olvido es polvo que va cubriendo los jardines,
los tejados, las aceras y la calle entera.

Viaje de ida

La lluvia es, de extraño modo, una cara de la vida.
Desde su origen conoce el destino,
acepta que no ha de ir más allá,
pero sospecha —como sospechamos a veces la muerte—
algo acechando detrás de los muros.
La vida es un poco la lluvia que descende
en millones de gotas temerarias,
barcos de timón roto.
La lluvia es corta como la distancia
entre el cielo y la muerte,
como entre la vida y los charcos.
La vida es gotas rebosantes de
momentos y recuerdos acumulados,
un día rompen los bordes y salen al mundo.
La lluvia invade montes y mentes,
tiñe de nostalgia la memoria,
exilia al olvido los pasos andados.
La vida es un tanto la lluvia estival,
donde todos buscan culpables,
sin saber que la lluvia es espejo inexorable,
un viaje de quien nadie ha de escapar.

Desilusión

Ahora no importa el rumor de las catedrales,
y no se escucha la luz que brindaban los astros;
entre los campos se arrastran las ruinas de los castillos
y el mar se traga los gritos de las ciudades más atroces.
Hemos gastado vidas hasta vaciar los estanques de
[la decencia,
vimos atardecer sentados en alguna roca,
caer la noche desde el tejado,
y tratamos de contar las estrellas del cielo;
ahora no hay ventanas iluminadas rasgando la oscuridad,
no vemos peceras llenas de banderas y estandartes,
hay guerras sonando desde el interior
de las almas yendo a ciegas por los andenes,
esperando un tren que siempre llega con retraso.
Ahora se esconden ojos tras las puertas,
y nos quedamos quietos mientras los estallidos,
mientras lanzamos esperanzas al otro lado de los ríos,
y se quedan en mitad del camino,
flotando como restos de un naufragio.

Nostalgia estival

La nostalgia recorre lentamente la noche
desde mi calle hasta el lugar de los últimos besos;
entre las luces alzadas como estatuas
incólumes en medio de la penumbra,
suavemente se deslizan imágenes
de aquello que no puede asirse ya con las manos,
y ni siquiera se vislumbra en los recuerdos del ayer.
Lentamente la noche deja caer su mano
sobre los ojos del mundo,
y va siendo todo un murmullo solamente,
mientras la nostalgia arropa los recuerdos,
deseando buen camino al paraíso mortal,
calle conduce los últimos lugares
que guardan los momentos inscritos en rincones sagrados;
farolas escondidas tras las paredes
donde se escuchan los susurros bajo la mesa
queriendo encontrar el sitio donde las alas
se unen con el cielo de la felicidad.
Desde las ventanas se asoma el pasado,
envuelto con las ropas de las promesas de eternidad,
mirando melancólicamente algún rostro
y algunas manos que sin fuerza soltaron las cuerdas,

y después cayeron al suelo de esta ciudad
de llantos y direcciones equivocadas,
rincones donde ya nadie se sienta a compartir el porvenir,
y donde apenas se distinguen las letras
que prometían amor eterno,
que siempre dura lo mismo
que la noche desde mi calle hasta su ventana.

Bajo la piel

Escribir atado a tu imagen,
escribir pensando en ti es acariciar suavemente
[la ausencia,
mientras el sueño invade los párpados,
y entrar en puertas de luz preguntando por los
[designios del cielo,
por el ayer y el hoy mientras escapan.
Andar las sendas abiertas entre los días,
mirar en cada rincón llevando en las manos
y la mente tu retrato grabado en fuego.
Atar las letras a las fechas en que más te recuerdo,
pretender imaginar,
imaginar que pretendo entender por qué ha sido de
[este modo,
descender al mar para escuchar en su profundidad
la respuesta que siempre me niego a buscar bajo la piel.

Al límite

Sentado en el límite de la cordura,
¿quién habrá de empujar al vacío?
Humo sube formando figuras sin bordes,
monstruos salidos de los rincones de la conciencia;
desde la cima se desprenden susurros
que invitan al último baile,
al adiós inevitable.

Sentado en un peldaño de escalera,
¿quién habrá de llamar desde la calle?
Parajes pintados de colores
van sumando paradojas e hipérboles
en las esquinas de los pueblos,
peceras donde se lanzan las vidas al suicidio.

Sentado en la sala de espera de algún bar,
¿quién habrá de lanzar gritos entre la multitud?
Luz ahogada entre las dudas,
no brilla para evitar mirarse en el espejo,
puerta hacia adentro de la que todos huyen;
vitral de vivos colores filtrados
y escondidos para no guiar los ejércitos a la batalla.
Amanecer entre las heridas del cuerpo y del alma.

Sentado en el límite de la cama,
¿quién habrá de correr las cortinas del alma?

Última parada

Con los bolsillos llenos del calor que la sangre brinda,
desciende mi alma por las empedradas calles
sin nombre en el mapa de las altas cumbres.
La noche reposa en sus aposentos,
repasa las últimas noticias,
analiza con calma a los que pretenden atravesar sus muros;
alza la vida el rumor,
escondido tras los matorrales y las piedras,
mientras toma el disfraz de lo desconocido,
lo que no se nombra.
Entre tanto se acerca la hora de abrir los candados
de lanzar al interior los restos de los caminos recorridos;
preparar las armas para combatir el silencio
que ocupa las fortalezas,
estruendo de vidas tratando abrir camino entre la bruma.
De lejos comienzan a levantarse las sombras,
se unen suavemente al choque del suelo,
se oyen suavemente bajo el cielo,
palabras que no saben andar entre la penumbra estival.
Perros desde el tejado lanzan improperios en su
[idioma natal,
y se hace la luz que rompe el ritmo del acoso,

aviva nuevamente la batalla de quien intenta
alcanzar las estrellas coronadas de gloria,
y al fin cruza el umbral donde ya nadie habla,
y desde tiempo antes solamente
el viento rueda sobre la cama de paja.
Último vagón del tren nocturno,
mientras afuera el reloj continúa lanzando
granos de arena desde el suelo,
que suben hasta la cima,
hasta convertirse en estrellas guardianes de nuestros sueños.

Álbum

Tras tantos años hemos recorrido sendas angostas
[y amplias,
echando la vista hacia los acantilados,
como el rumor susurra el secreto,
heridas paradas a la orilla del camino,
testigos de horas sin rumbo
y aquellas épocas de nostalgia y delirio.
Tras tantas noches todavía levantamos
la mirada para contar estrellas,
mientras la sorpresa nos abraza con sutileza desde
[las nubes;
vuelan por encima los rostros olvidados,
y el camino es una calle clausurada
por las peripecias de la vida en angustia.
Tras tantos días esperamos aún
el momento de encontrar reposo y calma,
tocar con las manos los deseos
que cuando niños escribimos con garabatos ilegibles,
y prometimos contar los segundos que dura la felicidad.

Poeta esclavo

Pero el poeta no tiene siquiera dónde reposar el alma,
vaga con su incertidumbre,
y mira en los aparadores todas las vidas que no pudo ser,
mientras desde el interior
las llamas consumen su corazón,
y lo llevan una vez más a derramarse en letras y llanto,
a desembocar en el mar el río
que choca impetuoso contra su vanidad y gloria.
El poeta no tiene voluntad en el caminar ni al dormir,
es un esclavo de su arte,
es, al final de cada día,
el espejo donde se reflejan
los versos que la poesía lanza cada amanecer.

Escondite

Nuestra victoria se ha escondido,
el miedo ha traspasado su coraza,
y el peso de su vulnerabilidad la azota,
pluma arrastrada por el campo.
Todos hemos corrido tras
las últimas noticias de los días,
tras las olas embravecidas contra nuestros barcos.
Cuando ya el sol amenaza el abandono,
sobre la mesa quedan cartas sin leer,
las puertas aguardan por visitas que no llegan,
y cae la tarde sobre las esperanzas tristes.
Mientras el tiempo acumula polvo
sobre los vestidos desechados,
suenan a lo lejos el canto de la despedida,
y la victoria asoma desde el horizonte.

Silencio inasible

Oscuridad de cavernas,
eco de plegarias venidas de todos los rincones;
se entra por el túnel de la desdicha,
y a la fuente son arrojadas las monedas
que en sus caras muestran los giros violentos
por almas rumbo al cadalso emocional,
cuerdas guardianes sin tregua.
El viento se desliza sigiloso por el suelo polvoriento
[y ardiente,
la respiración sufre hiatos mientras las miradas
[se cruzan,
al igual que los dedos de los postrados en aposentos,
aquellos que rompen sus corazones
y gargantas en afán de mejor futuro.
Mas nada calma la sed que inunda,
parecen los días de fin sin tregua;
cartas sin llegar al umbral,
teléfonos vacíos de timbres,
y crece en el interior el caudal invasor de habitaciones,
esperanza eleva rezos en barcos de papel,
botellas sin rumbo hundidas en los segundos de la espera.

Ruidos cuya ausencia prolonga el delirio,
almas entre el agobio olvidan que el silencio,
esa quietud inasible, es también respuesta y misterio;
la calma es heraldo de tormentas,
y las nubes jamás alzan la voz
pero el cielo arroja hilos que mojan los campos
y humedecen los labios abiertos que lanzan alabanzas.
El silencio es el trayecto del descenso,
es abrir la carta y leer, antes de tomar la pluma y dar
[la respuesta;
el silencio es el ángel Gabriel luchando a muerte con
el príncipe de Persia;
la Roma cuya construcción consume las vidas
[y esfuerzos del mundo;
caverna donde se almacenan postales,
que observan mientras los destinatarios
van señalando en el suelo las letras gastadas,
y de a poco intentan comprender
que las perlas no son para los cerdos,
y los talentos no se esconden en la tierra.
El silencio también es respuesta y señal para preparar
[las armas;
la última oportunidad de crecimiento que el árbol recibe,
y atado al suelo busca madurar los frutos de su trayecto.

Van todos aquí y allí buscando respuestas,
tratando de hallar las cuerdas de los actores en la escena;
van todos rogando por los designios divinos,
y el silencio anuncia los pasos en el desierto,
arena cayendo entre las dunas del reloj.

Cascadas

He intentado poner marcas a los lugares donde
[estuviste un día,
el testimonio último que el ayer presenció en apogeo,
ruinas hoy se arrastran sobre la piel.
En las paredes signos inequívocos
resbalan al ritmo de la soledad;
en los parques tus huellas persisten en indicar
[caminos trazados,
mientras la lluvia y el viento azotan la memoria sin piedad,
y la hierba ahoga las palabras que quedan presas
[del abandono.
Pero no estás, y al caer la noche debo reconocerlo,
cerrar las puertas sabiendo que no vendrás por
[la madrugada en silencio,
no ladrarán los perros como señal de que la espera termina.
Voy grabando en cada rincón los retazos
porque es lo último a que aferrarse,
porque la vida pasa,
y nuestros dedos transitan sendas en direcciones distintas.

He puesto cadenas al alma para evitar
recorrer las calles en tu búsqueda,
cascada arrojada del cielo al vacío de la habitación,
mientras anhelos llenan los labios de susurros.
Porque no volverás tras el alba,
trayendo historias de días coloridos,
de campos cultivados y guerras sin fin;
por las escaleras, en los escaparates de las tiendas,
sé que no podré encontrarte,
sospecho que no he de buscarte,
quedarán apenas los rasguños en los árboles
y manchas de recuerdos en las paredes;
en los archivos del tiempo alguien preguntará
qué hacer con un par de tardes perdidas en algún lugar,
y nadie responderá,
no habrá voces que sepan explicar que no sabemos vivir,
nos ha unido el mismo cielo,
pero vagamos extraviados sin saber encontrarnos,
dejando apenas rastros al anochecer.

ÍNDICE

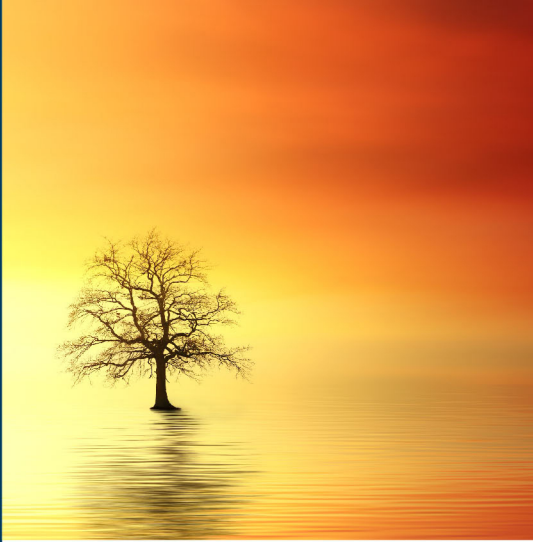
Lluvia sobre asfalto	11
Espiral	16
Antes de partir	19
Renacer	23
Aves cautivas	24
Primer acto	25
Descenso	28
Bestias de altas horas	30
Declaración del perdedor	33
Al margen	34
Itinerario	35
Ventana hacia adentro	36
La última noche	37
Postales sin fecha	40
Sombras y crímenes	41
Moneda en el aire	42
Elegía	44
Alto y claro	48
Cuenta regresiva	49
Viaje de ida	50
Desilusión	51
Nostalgia estival	52

Bajo la piel	54
Al límite	55
Última parada	56
Álbum	58
Poeta esclavo	59
Escondite	60
Silencio inasible	61
Cascadas	64



La luz siempre regresa
Enrique Dimas

Este libro se terminó de imprimir
el 27 de febrero de 2019,
se utilizó tipo de letra de la familia
Baskerville en 12 puntos.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.



La poesía es una fuerza que nos habita para retratar el mundo desde nuestros ojos. En cada verso el hombre se adentra en un universo propio, y se descubre a través de la palabra. "La luz siempre regresa", busca reflejar esa perspectiva del autor, en la que dibuja con letras sus propias ideas y reflexiones, para traer esperanza en medio del caos y la oscuridad, para alumbrar la vida cada día, como el amanecer.



CULTURA
TAMAULIPAS